
UNA LECCIÓN EPISTEMOLÓGICA
DE LA PANDEMIA:
EL RELATIVISMO ES PELIGROSO
PARA LA SALUD

GUSTAVO CAPONI

En un proceso que ya lleva más de medio siglo de profundización, un sector muy importante, y quizá mayoritario, del pensamiento contestatario o 'progresista', fue dejando de lado los compromisos racionalistas e iluministas que tradicionalmente lo habían caracterizado, y que siempre habían estado acompañados por una estimación definitivamente positiva, no sólo del conocimiento científico, sino de los valores cognitivos con él vinculados. Paulatinamente, muchos grupos asociados al pensamiento y a la opinión de izquierda fueron adoptando un marcado relativismo epistemológico, bajo cuya égida los valores epistémicos asociados a la cultura científica pasaron a ser cuestionados y hasta despreciados. La búsqueda de la objetividad se transformó en 'objetivismo', el rigor en la argumentación en 'cientificismo'; y todo eso junto fue asociado a un 'conservadurismo reaccionario' que sería propio de la derecha. Fue así, incluso, que términos como 'cartesianismo' y 'positivismo' se transformaron en epítetos lapidarios.

En ese marco, la 'tolerancia epistemológica' se erigió en la virtud intelectual por antonomasia, y se llegó a un punto en el que, en ciertos círculos académicos, algunos de los presupuestos de ese irracionalismo que Theodoro Schick y Lewis Vaughn (2004, p. 4) analizan en *How to Think About Weird Things*, recibieron un inusitado *upgrade*: se transformaron en tesis epistemológicas respetables y hasta incuestionables. Cito tres de ellos: "No existe algo llamado verdad objetiva"; "no existe realidad objetiva", y "la propia ciencia [...] no es más que otra fe o sistema de creencia o mito, sin más justificación que cualquier otra". Esto es muy grave porque Schick y Vaughn enunciaron esos postulados relativistas irónica e hiperbólicamente. Para ellos, dichos presupuestos definían las reglas de juego de ese espacio de la cultura de masas en el que florecen supersticiones pop como la 'ufología', las 'terapias de vidas pasadas', o el 'terraplanismo'. Lo que sorprende y asusta es que esos principios se hayan convertido, finalmente, en

axiomas de una ‘epistemología’ que domina indiscutida en ciertos círculos universitarios y en ciertos grupos contestatarios cuyas reivindicaciones y luchas son, de todos modos, totalmente legítimas. No es mi intención cuestionarlas en lo más mínimo.

Lo cierto, sin embargo, es que, en la última década, ese relativismo ‘pos-moderno’, y aparentemente *cool*, que profesaba, y sigue profesando, una parte importante de la izquierda, también empezó a ser un patrimonio del ideario de la derecha (Kakutani, 2019, p. 17). Pero eso, en realidad, no tiene nada de inesperado. Como John Lewis (1961, p. 50) decía, el relativismo siempre le abre la puerta a la superstición, y junto con la procesión de fantasmas y demonios que por ahí se abalanzan, también pasan los más viejos tesoros del pensamiento conservador. Eso ocurrió en la Europa que antecedió y preparó el camino a los partidos y regímenes fascistas, y así lo vimos ocurrir en el ominoso Brasil actual. Las razones del ascenso de esa nueva derecha, brutal y agresiva, cuyos más claros exponentes son Trump y Bolsonaro, fueron, de todos modos, muy profundas y, en lo que atañe a eso, sería infantil darle demasiada importancia al relativismo epistemológico que pulula en algunas facultades de humanidades. Aun así, es importante señalar que ese pensamiento reaccionario se vale de las mismas estrategias discursivas de las que se ha valido el relativismo *cool* de la izquierda, y eso hace que a la izquierda le falten recursos argumentativos claros y eficaces para responder a ese discurso que hoy la derecha asume con toda comodidad (Kakutani, 2019, p.17).

Según la posición adoptada por esta nueva manifestación de conservadurismo, los compromisos ideológicos son determinantes en cualquier divergencia, política o teórica, y ellos son la única referencia para superar esos disensos. Éstos deben dirimirse “por convicción”, y cuanto más firme es la convicción más poder decisorio ella tiene. Así, si alguien presenta datos o argumentos contrarios a las posiciones que estos nuevos conservadores puedan tener sobre cualquier cuestión, la respuesta siempre será que ahí hay una elección de datos y una estrategia de argumentación que obedecen, ambas, a posiciones ideológicas. Por lo tanto, como esas no son sus posiciones, ellos entienden que no tienen ninguna razón para atender o responder a dichas objeciones. Es por eso, por ejemplo, que esta nueva derecha habla de ‘ideología de género’, y no de ‘problemática de género’. Esa supuesta ‘problemática’, dicen ellos, sólo existe para los que asumen una determinada ideología. Rechazada esa ideología, los hechos que se pretenden problemáticos, también serán rechazados y substituidos por ‘hechos alternativos’.

Si el ascenso de esa modalidad del discurso reaccionario ya parecía exigir la necesidad de una rediscusión y revisión de ese relativismo que el pensamiento contestatario había transformado en uno de sus ‘tesoros ideológicos’, la irrupción de la pandemia de Covid-19 parece haber acorta-

do dramáticamente los plazos para esa autocrítica, promoviendo también su profundización. La razón de eso está en los discursos ‘negacionistas’ que cundieron en oposición a todas las medidas preventivas que se propusieron como posibles recursos, más o menos eficientes, para morigerar y paliar los estragos que el virus podía producir en la población, sobre todo en sus sectores más vulnerables. Desde el aislamiento y el distanciamiento social, pasando por el uso de barbijos, hasta las propias vacunas, todas y cada una de las respuestas que se podían dar a la epidemia fueron cuestionadas por diferentes grupos de poder que, al responder a sus intereses económicos y políticos, pusieron en duda su necesidad y su eficacia, o cuestionaron el balance de costos y beneficios en el que esas providencias encontraban su justificación.

Es cierto que ‘negacionismo’ no es lo mismo que relativismo. Hay casos en que las dos cosas pueden ir juntas: la vacunación, por ejemplo, puede ser cuestionada en nombre de una ‘medicina alternativa’ cuya eficacia y credibilidad no podría ser juzgada por los cánones metodológicos de la ciencia ‘occidental’, ‘cartesiana’, ‘positivista’, o quién sabe qué cosa. La necesidad de prohibir las reuniones religiosas puede ser cuestionada apelando a una supuesta ‘protección divina’, o a la inmunización resultante de la propia ‘fe’. Esas son cosas que escapan al control y al conocimiento de la ciencia pero cuya realidad es indubitable si se asumen ciertas creencias que no estamos obligados a admitir pero sí estaríamos obligados a tolerar y a respetar (Dawkins, 2016, p. 43). Así como hay casos en que ‘negacionismo’ y relativismo van juntos, hay muchos casos en que eso no es así. Un ejemplo de eso lo encontramos, precisamente, en esa recusa, de ciertos grandes aglomerados de poder político-económico, a las políticas de protección a la población que, mal o bien, se pudieron adoptar durante la pandemia en curso.

La conveniencia del uso de barbijos, por ejemplo, fue cuestionada citando supuestos conocimientos inmunológicos de una *soi-disant* ‘inmunología de última generación’. Por su parte, la promoción de putativos medicamentos para el Covid-19, como fueron la cloroquina y la ivermectina, no fue hecha a partir de la invocación de una medicina alternativa, sino apelando a supuestas evidencias clínicas y a algunos trabajos de investigación, que supuestos intereses políticos-comerciales habrían silenciado o ignorado. Mientras tanto, la aplicación de algunas vacunas fue cuestionada en virtud de hipotéticos efectos deletéreos colaterales que habían sido ocultados, o fue sumariamente impugnada aduciendo la poca confiabilidad de las instituciones o grupos de investigación responsables por su desarrollo. Jair Bolsonaro, por ejemplo, advirtió sobre los efectos teratógenos de las vacunas de RNA, así como cuestionó la confiabilidad de las vacunas producidas en China. Eso fue lo mismo que hizo la prensa oligárquica en

Argentina con relación a la vacuna *Sputnik V*, la adoptada por el gobierno argentino para iniciar su campaña de inmunización contra el Covid-19.

Aun cuando en esos 'argumentos' no esté en juego la clásica invocación relativista a supuestas 'racionalidades alternativas', para contestarlos e impugnarlos ha sido preciso reivindicar parámetros y criterios de científicidad. Si se quiere impugnar el suministro de ozono por vía rectal como cura del Covid-19, y se quiere defender el distanciamiento social como medida preventiva viable y eficaz, no se puede aceptar la paridad epistémica de los argumentos que pueden darse en favor de una u otra posición frente al coronavirus. Eso supone dos cosas, ambas reñidas con el relativismo. La primera es el reconocimiento de la científicidad como valor cognitivo, más allá del problema que pueda plantear su debida delimitación. La otra es la idea de que, en el plano del conocimiento científico, no todo da igual, ni todo está sujeto a compromisos o condicionamientos ideológicos. Por el contrario, hay que reconocer que existen criterios mínimamente imparciales con base en los cuales evaluar hipótesis, sopesar evidencias y discutir los referenciales conceptuales pertinentes. Aun cuando los mismos no sean siempre fáciles de elucidar, ni siempre fáciles de aplicar, y aun cuando muchas veces no se los respete.

Fue así, entonces, que, por lo menos en muchos casos, ese relativismo epistemológico antes tan reivindicado, o por lo menos tolerado, comenzó a mostrarse como una trabazón molesta. Lo que en otras oportunidades había servido para saldar algunas discusiones y defender algunas reivindicaciones, sin que para eso fuese necesario el recurso a demasiados argumentos, ahora, en el marco de la pandemia, se muestra como un obstáculo para la construcción de argumentos contrarios a esas posiciones caracterizadas como 'negacioncitas'. Éstos, además, ya no se presentan con el rostro amigable de lo alternativo o lo pintoresco, sino que nos amenazan con la mueca siniestra y bobaliconamente petulante, de los sórdidos militantes de esa nueva derecha que hoy quiere legitimar la ruina de todas las difíciles y frágiles conquistas civilizatorias de nuestras ya maltrechas sociedades.

Nada va a compensar la estela de muerte, miseria y desigualdad que la pandemia ya está dejando a su paso y, para colmo, es muy posible que todo eso pueda ser aprovechado por movimientos políticos reaccionarios y autoritarios. Con todo, además de algunos importantes avances en nuestro conocimiento de ciertos tipos de virus, que se lograron gracias a inversiones en investigación que no deberían haber aguardado la pandemia para ocurrir, algunos hemos podido sacar algunas enseñanzas de esta calamidad en la que estamos inmersos. Reconocimos la importancia de contar con sistemas nacionales de salud bien articulados y de amplia cobertura. Constatamos la debilidad de sociedades cuya organización y funcionamiento gira en torno del consumo fútil y de la producción de bienes innecesarios. Además de eso, no sólo pudimos llegar a entrever hasta qué

punto la irracionalidad gobierna la acción y la formación de creencias, sino que aprendimos que el relativismo no es *cool* y que el hábito de conciliar con él puede ser peligroso para la salud.

BIBLIOGRAFIA

- Dawkins, Richard (2016), *El espejismo de Dios*. Barcelona: Espasa.
Kakutani, Michiko (2019), *La muerte de la verdad*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
Lewis, John (1961), *Ciencia contra irracionalismo*. Buenos Aires: Horizonte.
Schick, Theodore & Vaughn, Lewis (2004), *How to Think About Weird Things*. Boston: McGraw & Hill.